

y obedeciendo a no sé qué voz de sirena, que desde el fondo de los abismos llama a los señores absolutos hacia su perdición, comenzaba esa existencia de delirios y locuras que el mundo contemplaba desde abajo con estupor y espanto. Lanzado en pos de todos los goces del poder, agotaba muy pronto los que permite la razón y la naturaleza, y que le parecían desabridos y sin alicientes. Necesitaba otros, y encontraba placer malsano en mostrarse superior a todas las leyes, violándolas todas, y en no respetar ninguno de los límites que la política, la moral o las mismas leyes físicas imponen a las empresas humanas.

Este dios probaba su divinidad haciendo cosas imposibles, es decir, monstruosas, quedando siempre por debajo de la humanidad a fuerza de querer mantenerse por encima. Los horrores que más espantaban a la conciencia humana, por lo mismo que eran una victoria relumbrante de la divinidad imperial sobre todo límite, eran los que más le atraían, y las extravagancias no imaginadas todavía poseían encantos que las otras no daban ya. De aquí que la mayoría de los Emperadores realizaran esas atrocidades insensatas que parecen desafíos a la naturaleza humana y a las leyes eternas de la Providencia, y cuya sola narración mancharía la pluma de un historiador cristiano. Era que actuaba el vértigo imperial. Como castigo apropiadísimo, el señor a quien una política pervertida daba poderes monstruosos se hacía a la vez monstruo: ¡el dios se convertía en bestia feroz!

Sin embargo, había una nube en el cielo radiante en que reinaba el señor del mundo, y era bastante espesa para proyectar sombras de luto sobre todo el brillo de su poder: era la incertidumbre del día de mañana. En medio de los esplendores de la apoteosis, le parecía que oía, como el triunfador de otros tiempos al subir al Capitolio, la voz de algún esclavo insolente colocado detrás de él por el destino, para recordarle que no era más que un dios por delegación, y siempre revocable. Bastaba, en efecto, un capricho de esta divinidad colectiva —la patria— para recuperar su alma, encarnada en el Emperador, y dejar a éste reducido a la nada.

Y esto sucedía a menudo, pues esa patria, irresponsable y tornadiza, gustaba de subirse a veces, como para hacer notar su omnipotencia ilimitada, tanto sobre las cabezas más ilustres, como sobre las más vulgares; y amaba sobre todo a los hombres violentos que le arrancaban sus favores a mano armada; corría hacia ellos por encima de los cadáveres de los señores del día anterior, y era obstinadamente fiel a los que sabían encadenarla con grilletes férreos. Todo

aquel que era bastante fuerte para dictar al Senado una ley regia, veía, por ese hecho, que el alma de la patria entraba en la suya y se confundía con ella. Si fracasaba; sólo era un aventurero; pero si triunfaba, se convertía en dios, ya que para un Emperador no había término medio entre el Olimpo y la cloaca, y los dados de hierro, movidos por la mano de la fuerza, eran los que decidían la alternativa. Mientras duró el Imperio, la única ley de sucesión al trono fué la ley del más fuerte, y la legitimidad del poder se confundía con su posesión.

De aquí aquellas concupiscencias y ambiciones cuyo ardor no podría ser superado. ¿Quién era el hombre libre que no contase entre sus esperanzas alguna posibilidad infinitesimal de despertarse un día Emperador? No había soldado tan infeliz que, al vestirse el uniforme de legionario, no pudiera pensar en sustituirlo al fin por la púrpura imperial. Al leer la *Historia Augusta* se ve que el reinado de todos los Emperadores de fortuna ha sido anunciado con mucha anticipación por presagios numerosos. En medio de la condición más oscura, desde la infancia, cada uno de ellos tenía el horóscopo de Emperador: "Tú serás rey." El encanto maldito de estas palabras, que originaron los crímenes de Macbeth y de Cromwell, resonaba en los oídos de los ambiciosos que llenaban los campamentos, y les impulsaba a intentarlo todo, según las palabras que tan a menudo repetía el fundador del Imperio: "¡Si se ha de cometer un crimen, que sea por el poder!"<sup>1</sup>

Esta consigna se siguió con excesiva fidelidad: ríos de sangre corrieron para conquistar el poder y para conservarlo. De los ciento ocho miembros de la familia Julia, cuarenta perecieron de muerte violenta, y, de la serie de los Emperadores, se pueden contar con los dedos, desde Augusto hasta Diocleciano, los que murieron en la cama: ¡nueve entre cuarenta y seis! Y casi siempre surgían y caían en medio de catástrofes públicas espantosas. Si se exceptúa la época de los Antoninos, durante la cual goza la humanidad de cierta paz, hay en el resto del período imperial convulsiones tan frecuentes, que parecen ser la regla, y tan terribles, que muchas veces amenazan al mundo romano con la dislocación inmediata. Así es como cumplía el Imperio aquellas promesas gozosas del principio: había reclamado del mundo la libertad a cambio de la paz, y he aquí que acarrea a ese mundo, con la servidumbre, la más cruel de las guerras, la guerra civil permanente y la anarquía transformada en institución política.

<sup>1</sup> Sueton., *Caes*, 30, según Cic., *De offic.*, III, 21.

Esta sustitución del derecho por la fuerza trajo como consecuencia el desplazamiento del centro de gravedad de la vida pública, que en lo sucesivo se encontró allí donde estaba la fuerza. Del foro desierto, del Senado esclavizado, había pasado a los campamentos, en medio de la soldadesca. Allí se hacían y deshacían los Emperadores; allí se proclamaban las únicas leyes que no había temor a que fuesen violadas. El pronunciamiento militar decidía los destinos del mundo. En medio de su palacio, el soberano, rodeado de todo el esplendor del poder supremo, temblaba y se preparaba a morir, cuando en los confines de las fronteras cualquier soldado había sido saluado por sus camaradas con el título de Augusto.

Para quien quisiera conservar el poder, lo definitivo consistía en asegurarse la fidelidad del ejército: "Pagad bien al soldado —decía un Emperador—, y despreciad todo lo demás"<sup>1</sup>. Esta fórmula breve y altanera no se limita a atestiguar la importancia del elemento militar, sino que enseña además el modo de ganárselo. A peso de oro es como se conseguía el verse aclamado y sostenido por las tropas. Desde que el servicio militar había dejado de ser un deber cívico para convertirse en oficio duro, pero lucrativo, el ejército había cambiado completamente de carácter. Reclutado al azar en las provincias, entre las nacionalidades más diversas, y lleno de aventureros y de mercenarios, sin otro enlace entre sí que la propia vida militar, iba perdiendo las cualidades que habían hecho de las legiones romanas las primeras tropas del mundo. Sin patriotismo, sin disciplina, sin honor, ajeno a los intereses del Imperio, y preocupándose únicamente de los suyos, tal ejército se había despojado de ese espíritu de abnegación y de sacrificio que ennoblece el oficio de las armas. Aún sabía batirse, si se le pagaba bien; pero ya no sabía obedecer, y mucho menos sacrificarse. Los soberanos que, como Pertinax y Probo, creyeron poder regenerarlo restableciendo la severa disciplina de los tiempos antiguos, pagaron con su vida este error patriótico, pues el soldado no quería de su oficio más que las voluptuosidades sangrientas y los provechos copiosos; ya no aceptaba eso de soportar fatigas, y rompía su azadón sobre las cabezas de los señores que querían hacerle trabajar.

Aquel ejército desmoralizado era, pues, el fermento más activo de la descomposición social. Sus intereses no sólo eran extraños a los de la sociedad civil, sino que eran formalmente contrarios; el ejército encontraba provecho en sumir al Imperio en el desorden, ya que todo cambio de reinado le traía nuevos donativos y nuevas

<sup>1</sup> DIO CASS., LXXVI, 15.

ocasiones de pillaje. Esta situación inmoral era fecunda en revoluciones militares; las tropas se amotinaban con el menor pretexto; corrían a la tienda del general, le arrojaban sobre las espaldas un pedazo de púrpura y le proclamaban Emperador. A partir de ese momento quedaba destinado al trono o a la muerte: quisíerolo o no, había que derribar al señor reinante, a menos de convertirse en víctima de él o de sus propios soldados. He aquí cómo la institución creada para defender al Imperio sólo servía, a causa de la corrupción general de las costumbres, para desquiciarlo y apresurar su ruina.

El resto del mundo asistía pasivo y casi siempre indiferente a las tragedias militares que le imponían nuevos señores. Desde que abandonó el servicio de las armas, el romano había renunciado, por ello, a toda participación en la dirección de sus destinos políticos, sacrificio que le dolía bien poco; ya no tenía el vigor moral necesario para interesarse por la cosa pública; de muy buena gana dejaba su dirección al que tenía ya sus cargas, con tal que, por su parte, pudiese saborear en paz los únicos bienes que pedía al Estado: la seguridad de la vida privada y el goce tranquilo de la mayor cantidad posible de placeres. Esto era lo que se entendía por felicidad romana; no se la concebía sino bajo la forma del placer, y éste había llegado a ser el objeto de todas las existencias. Los goces múltiples que en una sociedad envejecida destilan, como veneno embriagador, los diversos órganos de la vida pública, eran el atractivo principal, y aun el único, de la existencia de multitud de seres humanos. Esta religión del placer era universal: grandes y pequeños la practicaban con la misma devoción, con análogo olvido de los intereses superiores del individuo y de la sociedad.

La vida política de los grandes se limitaba al ejercicio de algunas magistraturas, siempre disputadas con ardor por la vanidad de las familias nobles, aunque los gastos que imponían, junto con la pérdida de sus prerrogativas antiguas, las habían reducido a meras futilidades ruinosas. En cuanto a la plebe, se contentaba con señalar, por sus aclamaciones o sus silbidos, el comienzo o la caída de los reinados: hoy de rodillas ante el Emperador; mañana arrastrando su cadáver hacia el Tíber.

La vida privada estaba profundamente alterada, y las antiguas virtudes domésticas eran cada vez más raras. Se rehuía la vida conyugal, y continuamente se veía aumentar el número de los solteros licenciosos, para quienes los goces de la paternidad no eran compensación suficiente de sus fatigas y cuidados. El matrimonio había per-

dido su dignidad junto con la pompa imponente de sus ritos; los que lo contraían no respetaban ya sus vínculos, y los rompían bajo cualquier pretexto, o los violaban, aun en brazos de sus propias esposas, mediante atentados nefastos contra los que nada conseguían las leyes. La casa romana, convertida en abrigo silencioso de los placeres sensuales, había cesado de resonar con el murmullo gozoso que entonan en el hogar doméstico los hijos. El abandono de éstos continuaba despoblado la ciudad, al mismo tiempo que proveía de carne humana a los antros de los gladiadores y a los tugurios de las prostitutas.

La tarea sagrada de la educación quedaba en manos de los esclavos, y la colaboración de la familia en esta obra augusta se limitaba frecuentemente a las lecciones deplorables que los adolescentes hallaban en las pinturas licenciosas que adornaban los muros de la casa paterna. Se abandonaba el culto del hogar, que durante tanto tiempo había sido la salvaguarda de las costumbres domésticas. ¿Qué se había hecho del tiempo en que el jefe de la familia, revestido de la doble majestad de pontífice y de padre, ofrecía en nombre de todos los suyos sacrificios de honor y de propiciación a los lares del atrio? Hoy estas divinidades protectoras de la familia sufrían la misma suerte que el dios patrono de la ciudad: éste y aquéllas eran objeto de risas, y se incluía en un desprecio común a la antigua mitología nacional y a las instituciones e ideas venerables que antes acogía bajo su patronato.

Mientras se miraba como prueba de progreso intelectual una incredulidad que sólo era fruto de la corrupción de costumbres, se rehuían con disgusto las cosas del espíritu. Las letras estaban afectadas del mismo descrédito que el culto: aquellas gentes enervadas sólo veían con simpatía las huecas declamaciones de los retóricos que preparaban a los jóvenes para la carrera forense. El trabajo, que es fuente viva de la riqueza y de la prosperidad, inspiraba un horror invencible; en cambio, la riqueza, que es madre del placer, era objeto de un culto universal y creaba las únicas superioridades reconocidas en aquella sociedad niveladora e igualitaria.

Indiferente a la nobleza de la sangre y a la del corazón, el romano sentía veneración por el patriciado de oro. Sólo el rico era poderoso. Los libertos de ayer, si disponían de algunos millones, miraban con desprecio a los empobrecidos descendientes de los Escipiones o de los Fabios, y preguntaban como Timalción: “¿Qué son los pobres?”<sup>1</sup> Rodeados de un pueblo de esclavos, de eunucos, de cortesanas y de

<sup>1</sup> PETRON., *Satiric.*, c. 48.

histriones, arrastrando tras sí manadas de hombres libres que se hacían sus parásitos y sus clientes, los ricos formaban otras tantas pequeñas dinastías de azar que nacían y morían con su fortuna, y que agrupaban, mientras subsistían, cierto número de existencias humanas en torno a un solo hombre; aquellas vidas no tenían más objetivo que la búsqueda del placer. A semejanza de sus soberanos, se hastiaban pronto de los que permite la naturaleza, y buscaban en las orgías más cenagosas y en las locuras más absurdas algo con que llenar el vacío de sus existencias ociosas; pero todo lo que intentaban parecía empapado de esa amargura particular que late en el fondo de todas las voluptuosidades excesivas; el hastío vivía con ellos lo mismo bajo los artesonados de sus opulentas mansiones de Roma que en sus hermosas villas del golfo de Nápoles, bajo aquel cielo encantador; se reconocía a estos *dichosos* (como los denominaba el pueblo) por la afectación con que alardeaban de su indiferencia y de su saciedad.

Figuras semejantes se encuentran bajo nombres diversos en todas las sociedades humanas, y, mientras no sean más que excepciones, la humanidad puede limitarse a mirarlas y dejarlas pasar; lo grave es ver a un pueblo entero llevando en sí esa enfermedad incurable de las civilizaciones decadentes: el repudio del trabajo y el ansia de placeres. Y la sociedad romana estaba totalmente en este caso; inerte y lánguida, se volvía en febril espera hacia el que presidía los destinos del Estado y que debía asegurar la satisfacción de las necesidades públicas; todos consideraban al Emperador como el proveedor obligado de los placeres de la multitud, y hasta él mismo juzgaba suya tal misión, pues su propio interés le impulsaba a animar todo lo que hiciera olvidar al pueblo la vida política. “Un pueblo que se divierte —decía un histrión a Augusto— no se amotina”<sup>1</sup>. Por eso, hasta los mejores Emperadores rivalizan con los peores en atender a los placeres de la multitud, y los que cumplían mejor tal tarea, aunque se llamasen Nerón, podían contar con fidelidades a toda prueba. Comer y divertirse: estos dos términos agotaban el ideal de la felicidad popular, y la única plegaria que la multitud elevaba hacia el dios del Palatino desde el fondo de la Suburra repetía interminablemente el grito del poeta: “Pan y juegos”.

Y tuvo en abundancia lo uno y lo otro; en tal cuestión los Emperadores hallaban ejemplos y lecciones en las tradiciones republicanas. El uso de distribuir gratuitamente al pueblo, bajo la forma de

<sup>1</sup> DIO CASS., LIV, 17.

“frumentaciones” mensuales una parte de los recursos del mundo vencido, absorbía, en tiempos de Cicerón, la quinta parte de los ingresos indirectos del Estado; bajo el Imperio, llegó a ser casi condición necesaria para la existencia del nuevo régimen. Muchas otras clases de distribución gratuita, como los congiarios, los dones de advenimiento gozoso, los legados testamentarios y las loterías vinieron a añadirse a este modo tradicional de repartir los despojos del mundo a las multitudes de las grandes ciudades.

No sólo se distribuía trigo, sino también carne, vino, vestidos, camisas, pañuelos, cuadrigas y hasta ¡fieras y eunucos! Se arrojaba a la muchedumbre una lluvia de bonos de todas clases; se vertían en sus manos ríos de plata y después se la invitaba a comilonas inmensas, instándola a que se hartase. “Comed —decían voces augustas—; el mayor honor del Emperador es ver saciado al pueblo romano”<sup>1</sup>. Y era verdad. Si la multitud tenía hambre, el trono peligraba; los destinos del Imperio dependieron más de una vez de las peripecias de un convoy: si las naves de Egipto o de África se retrasaban, el motín azotaba las bases del Palatino como un mar enfurecido, y el señor del mundo sentía vacilar su trono. Por eso no había nada que cuidase con más celo que el aprovisionamiento de la Ciudad Eterna; siguiendo su ejemplo, unas veces por obedecer sus órdenes y otras por satisfacer su propia vanidad, los ricos rivalizaban en largueza y generosidad, y frecuentemente no sabía el plebeyo a quién tender primero su mano.

Pero no era esto todo. La misma solicitud que velaba por su sustento, le proveía también de distracciones. La diversión del pueblo era una institución estatal, y acabó por determinar una magistratura especial —el tribunado de placeres públicos (*tribuni voluptatum*)—, extraño sucesor de aquel tribunado antiguo que se ceñía a reivindicar para los ciudadanos el poder y el honor. Bajo los auspicios de los Emperadores, a quienes también aquí se unían los ricos y los grandes, por vanidad o por política, los días de aquel pueblo-rey transcurrían entre fiestas y regocijos. Artísticamente, lo más gigantesco de los romanos eran sus templos del placer. ¿Qué era el santuario de Júpiter Capitolino en comparación con el Coliseo o con las termas de Caracalla?

Todo servía de pretexto para los goces materiales. De la satisfacción de una necesidad de limpieza habían pasado a ser las termas ocasión de las voluptuosidades más refinadas. Estos opulentos palacios de la molicie contenían todo un arsenal de placeres; había allí

<sup>1</sup> VOPISCUS, *Aurelian.*, c. 47.

cuartos de baño para 1.600 y aun para 2.000 personas, gimnasios, bibliotecas, museos llenos de obras maestras, salas de tertulias, jardines espléndidos y mil comodidades embriagadoras que enervaban los impulsos del ánimo. De las termas se iba a terminar el día en los espectáculos públicos, cuya fascinación era aún mayor. Es difícil dar una idea del furor, digamos mejor: del fanatismo de la plebe por sus juegos favoritos; habían venido éstos a ocupar en su existencia el puesto de todas las grandes preocupaciones políticas y religiosas, apartándola de las pompas imponentes del culto público, de los patéticos debates del foro, de las heroicas aventuras de la guerra y de los nobles sudores del trabajo; pero los juegos la consolaban de sus vergüenzas y le hacían olvidar su servidumbre. ¿Cómo iba a tener tiempo de recordar el pasado ni de echarlo de menos, si estaba ocupada casi todo el año, y frecuentemente desde la mañana a la noche, en la tarea absorbente de divertirse?

El anfiteatro y el circo eran los verdaderos domicilios del ciudadano romano: allí comía, allí dormía la siesta, allí trataba sus asuntos, allí se sentía vivir, y cuando llegaba la noche, sólo volvía a regañadientes a su zahurda estrecha y humosa bajo los cobertizos de cualquier mansión señorial. En el anfiteatro y en el circo era donde se sentía palpar lo que le quedaba de vida a la sociedad imperial. En estas espléndidas asambleas del placer se podía reconocer con una sola mirada todo el Imperio romano, embriagándose, como los dioses, con el humo que le llegaba de los holocaustos de la voluptuosidad. Todas las clases de la sociedad iban allí de gran gala, como a las solemnidades más santas; un orden riguroso de precedencia separaba a las diversas categorías de ciudadanos; el Emperador se sentaba, solo y majestuoso, en un palco que el tedio visitaba a veces, pero siempre secretamente, ya que el fastidio del señor era un insulto a la alegría pública, y la muchedumbre exigía que se divirtiese con ella. Humilde y sumisa en los demás lugares, parecía recuperar aquí su soberanía primitiva y sus comicios abolidos; en ocasiones, hasta sabía tomar acentos imperiosos, aun frente al Príncipe, y exigirle que respetase sus placeres asociándose a ellos<sup>1</sup>.

Pero la historia no está obligada a los mismos respetos, y tiene el derecho de apreciar en su valor justo esas diversiones populares a las que César asistía con indiferencia y Marco Aurelio con disgusto. Un pueblo vale lo que su culto. Ahora bien, las diversiones del pueblo romano, que eran toda su religión, tenían el triple carácter que

<sup>1</sup> SUTTON., *Octav.*, 45; SPARTIAN., *Marc. Antonin.*, 15; cf. JOSEPH., *Antiq. Jud.*, XIX, 1, 4.

toma a la larga todo placer gustado por sí y para sí: eran a la vez obscenas, sanguinarias e imbéciles. Aquellas atelanas brutales que no tenían del arte dramático más que la forma exterior; aquellas presuntas tragedias en que se representaban al natural los amores de Pasifae o el suplicio de Hércules; aquellos mimos abyectos, en que los placeres vergonzosos de la vista habían suplantado a los goces nobles del espíritu, destilaban como un veneno mortal que infectaba con su contagio el alma más firme. Una sola representación bastaba para marchitar definitivamente la vida moral del joven que se aventuraba en esos antros, y poetas poco escrupulosos confesaban que cualquier matrona que pasara por allí no tendría ya nada que aprender en lo tocante a obscenidad <sup>1</sup>.

Hermana gemela de la lujuria, la sed de sangre se saciaba en espectáculos no menos sabrosos. La gradería inmensa del anfiteatro era el punto de cita de todos los que encontraban que la carne humana tiene tantos encantos en las convulsiones del dolor como en los espasmos del placer; allí se había encontrado el arte de convertir los suplicios en goces públicos y de asociar todos los espectáculos al oficio del verdugo; allí se sentía el pueblo-rey en el colmo de su satisfacción cuando los seres humanos, a menudo débiles mujeres, perecían entre los dientes de las fieras, o cuando millares de hombres se degollaban mutuamente para darle gusto. Se deleitaba con el espectáculo de heridas espantosas que cubrían los cuerpos vivos, con el ruido de los huesos que crujían entre los dientes, con el olor de carnicería que exhalaban las carnes palpitantes; seguía con la mirada, aun en sus fases más lamentables, la angustia mortal del gladiador que acababa por sucumbir; daba con gestos y clamores la señal del golpe de muerte; se indignaba si la víctima no presentaba el cuello con bastante resignación; hacía que le azuzaran con hierros candentes si fingía una muerte demasiado pronta que abreviaba el placer popular, y, en cambio, se deshacía aplaudiendo al espadachín que sabía matar con arte o morir con elegancia. Análogos elogios ganaba el león que había devorado bien o el tigre cuyas garras fulminantes, abriendo de un solo zarpazo cuerpos enteros, ofrecían espectáculos que, según cuenta un escritor antiguo, evitaban a los médicos la vivisección <sup>2</sup>. Los gritos de gozo de la plebe se mezclaban con los alaridos de las víctimas y los rugidos siniestros de las fieras; la embriaguez del homicidio encendía todos los rostros, y a través del rojo

<sup>1</sup> OVID., *Trist.*, II, 501 y sigs.; JUVENAL., VI, 66.

<sup>2</sup> GALEN., *De anatom.*, III, 5 (Kühn);

CELS., *De medicin.*, praefat., I, pág. 11 (Targ.).

vapor de la matanza, lo ojos alterados de cien mil antropófagos iban a chupar la sangre humana que clamaba venganza al cielo.

Finalmente, la imbecilidad, hija legítima de la lujuria y de la crueldad, llamaba a su vez a las muchedumbres hacia otras delicias que habían de encadenarla durante tiempo aún más largo. Al ver el fanatismo de la multitud por las carreras del circo y su pasión insensata por caballos y palafreneros, se diría que había vuelto a la infancia. Los cocheros tuvieron el privilegio de dividir al pueblo en partidos y de darle consignas; las luchas entre los Azules y los Verdes ocuparon en el amplio teatro de la historia el lugar que antes habían llenado los debates trágicos entre patricios y plebeyos. No interesaba saber si el imperio del mundo correspondía a Sila o a Mario; sólo apasionaba si el primer premio de las carreras sería dado a *Gladiador* o a *Bucéfalo*. Los Emperadores se ponían al frente de los bandos; muchos no se avergonzaron de bajar a la arena o de presentarse en las cuadras; hubo senadores que tomaron parte en las carreras, y matronas que buscaron el amor de los automedontes de moda, mientras llegaba el tiempo en que las hijas de los automedontes se elevaban por fin al trono imperial. La sociedad estaba como hechizada: sólo veía y entendía eso; ante el ruido del mundo que se desmoronaba, continuaba sentada frente a sus espectáculos favoritos, con los ojos obstinadamente fijos sobre aquellas cuadrigas queridas que se alejaban llevando en el girar de sus ruedas el alma de los hijos de Rómulo. Arrancados por la mano brutal de los bárbaros a ocios tan dulces, se les verá llorar ante sus arenas vacías, lamentando, no la patria destruída, sino los caballos y cocheros, y pidiendo únicamente a los últimos defensores del Imperio la devolución de sus juegos circenses <sup>1</sup>.

Roma había contagiado tal delirio al resto del universo, y en las grandes ciudades de provincia se encontraba la misma plebe familiar y degradada que vivía de distribuciones gratuitas y que arrastraba sus harapos por las gradas de los anfiteatros. En toda la extensión del Imperio, el Estado se ocupaba de aprovisionar al monstruo popular, arrojándole carne y pan blanco, y divirtiéndole con placeres unas veces infantiles y otras feroces. Roma hacía el mundo a su imagen, le comunicaba sus enfermedades y le enseñaba sus vicios. Los festines de carne humana eran su regalo máspreciado a todos los pueblos que sometía, y bajo sus auspicios las distribuciones gratuitas llenaban las manos de los proletarios ociosos en las grandes ciudades del Imperio.

<sup>1</sup> SALVIAN., *De gubern. Dei*, VI, 15.